

DISCURSO
PRONUNCIADO
EN LA ALAMEDA DE ESTA CAPITAL.
POR EL CIUDADANO
JOAQUIN NAVARRO
E IBARRA
EL 27 DE SETIEMBRE DE 1845
SOLEMNE ANIVERSARIO
DE LA
ENTRADA DEL EJERCITO TRIGARANTE EN
MEXICO,
EL AÑO DE 1821

MEXICO 1845

COLECCION DE DISCURSOS PATRIOTICOS
JORGE DENEGRE VAUCHT PENA

CONSUMACION DE LA
INDEPENDENCIA



DISCURSO

PRONUNCIADO

en la Alameda de esta capital,

POR EL CIUDADANO

JOAQUIN NAVARRO É IBARRA,

EL 27 DE SEPTIEMBRE DE 1845,

SOLEMNE ANIVERSARIO

DE LA ENTRADA DEL EJÉRCITO TRIGARANTE EN MÉXICO,

EL AÑO DE 1821.



México.

IMPRENTA DE CUMPLIDO.

1845.

DISCURSO

PRONUNCIADO

EN LA ALAMEDA DE ESTA CAPITAL

POR EL CIUDADANO

JOAQUIN NAVARRO E IBARRA,

EL 27 DE SEPTIEMBRE DE 1845,

SOLEMNE ANIVERSARIO

DE LA

ENTRADA DEL EJERCITO TRIGARANTE EN MEXICO,

EL AÑO DE 1821.



MÉXICO.
IMPRENTA DE IGNACIO CUMPLIDO,
Calle de los Rebeldes número 2.

1845.





COMPATRIOTAS:



OS pueblos, como los hombres, cuando el actual infortunio los agobia, se sienten impulsados á mirar hacia atrás, y á consolarse con los serenos y plácidos recuerdos de los tiempos en que les sonreia grata la fortuna. México, desgarrado cruelmente por los bandos civiles, y oprimido bajo el peso del despotismo y de la guerra, espera impaciente todo un año la llegada del dia santiificado por el amor patriótico y bendecido por el cielo; de aquel dia, en que alzando los ojos á lo alto pueda saludar al mismo Sol que alumbró en un tiempo el triunfo espléndido de la patria libertad. Ese dia consagrado á recuerdos faustos y gloriosos, es una tregua momentánea á las desgracias nacionales: en él muere el odio á los vivos y renace el amor á los héroes: en él las facciones lavan en las aguas del olvido sus manos teñidas en sangre, y entre las emociones generosas de la reconciliación invocan á la patria, y con acorde voz la llaman ¡Madre! Ese dia suspirado es hoy, y yo, compatriotas, el último de vosotros, el afortunado á quien habeis escogido para que la saludé á vuestro nombre. ¡Feliz yo, si mi débil acento es el eco fiel de un pueblo desventurado, pero agra-

—❖ 4 ❖—

decido, que guarda con una especie de veneracion religiosa la memoria querida de sus primeros libertadores! ¡Feliz yo, si acierto á despertar en vosotros los sentimientos que me animan, por manera que al acabar de escucharme, no podais ménos de decir: *es mexicano!*

No toca á mí referiros las heróicas hazañas ni el ínclito martirio de los patriarcas venerables de nuestra independencia. Esa relacion tierna, melancólica y sublime la habeis escuchado hace once dias en este mismo sitio, de boca de uno de ellos, escapado como por milagro de las fúnebres hogueras del Santo Oficio, y de los sangrientos cadalso de los procónsules de España. Entónces habeis visto desenvuelto á vuestros ojos el cuadro de aquella grande y terrible lucha, tentada por el genio de la audacia y sostenida durante once años estériles para el triunfo, mas no para la gloria de la patria, que en ellos contó por millares el número de sus mártires ilustres. Una sola escena, la última, por haber puesto término á una lucha obstinada y desastrosa; la primera por su brillo y grandeza, es la que á mí me toca referiros.

Muchos de los actores que en ella figuraron, asisten á esta augusta ceremonia; ellos, que en medio de las tempestades del proceloso mar de nuestras disensiones, habrán guardado ilesos como una reliquia santa el recuerdo de aquellos momentos solemnes, podrán deciros si la generacion á que pertenezco y á cuyo nombre alzo mi voz, si esa generacion heredera de su precioso legado, es injusta ó ingrata al calificar el magnífico acontecimiento de 821.

Los poderosos vínculos que ataban á la metrópoli con su colonia, se habian ido debilitando, remisa pero incesantemente, hasta el punto de no poder mantenerlas unidas por mas tiempo.

El poder de las armas españolas habia sido quebran-

—❖ 5 ❖—

tado en una serie dilatada de combates, en que los opresores, ó tenian que pagar cara la victoria, ó que renunciar á ella mal de su grado. / El golpe mortal contra sus armas fué obra esclusiva de los campeones de Dolores, que con arrojo temerario y con audacia sin ejemplo, desafiaron la fuerza y el misterioso terror de los descendientes de aquel puñado de semi-dioses, que con la punta de su espada habian sojuzgado hacia trescientos años el poderoso imperio de Moteuczóma. / Se necesitaba, en verdad, todo el temple de alma que constituye el heroismo, para atreverse á los castellanos, rodeados todavía del prestigio mágico de su conquista. ¿Quién puede medir el impulso que dieron á la revolucion mexicana aquellos que por la vez primera rompieron la adarga encantada que cubria á nuestros, hasta entonces invictos, conquistadores; de aquellos que por la vez primera los cubrieron con el polvo fatal de la derrota?

Los anatemas y las hogueras del fanatismo habian perdido tambien su influjo misterioso y terrible en el alma de los mexicanos. Ellos, que tan fervientemente y con tanta pureza amaban la fé suave y mansa del Crucificado, y que sentian á la vez un amor igualmente acrisolado é intenso hacia otro adorable objeto, que era su patria, no pudieron concebir por mucho tiempo que dos sentimientos igualmente acrisolados é imperiosos, fuesen incompatibles y estuviesen destinados á pugnar perpetuamente en el corazon del hombre, y comenzaron á sospechar que el celo ardiente por la pureza de la fé, era una arma incidiosa, calculada para contrarestar una lucha mil veces mas santa que los intereses de aquellos falsos apóstoles del Evangelio; y así se vió á las víctimas de la independencia, al entregar su cabeza al hacha del verdugo, adunar el triste adios á su adorada patria con la rendida súplica al Señor de las misericordias.

—❖ 6 ❖—

Los dogmas fundamentales de la libertad política habian sido imprudentemente inoculados en las venas de todos los mexicanos, y los esfuerzos por aplacar la fiebre voraz que habian producido, fueron inútiles y tardíos. La Providencia, que todo lo prepara para sus grandes designios, ha establecido como ley constante que la cadena que ata á los pueblos al sólio de los tiranos, sea rotta por mano de éstos mismos. Los españoles, que durante tres siglos en que toda tentativa de emancipacion habria sido inútil y aun imposible, habian reducido á la raza aborigena á la condicion de las béstias de carga; los españoles, que habian procreado una raza á la que, resistiendo á los estímulos de la sangre, habian condenado á suerte igualmente dura; los españoles, que habian establecido como medio indispensable de preservacion, el señorío absoluto de las tinieblas y la servidumbre, olvidaron de súbito su oscura política de tres siglos; se imaginaron que sus hijos eran en este suelo planta ecsótica incapaz de vivir sino bajo al influjo del sol de Castilla, y ni sospecharon todo el peligro que habia en pronunciar palabras de mágico encanto y de seduccion irresistible. Precisamente cuando todo el continente americano se sacudia con violencia para separarse del continente antiguo; precisamente cuando mas necesarias eran la opresion, el embrutecimiento y el terror, los españoles, como si quisieran acelerar la gran catástrofe que les iba á hacer perder el mundo de Colon, invocaron los principios del derecho constitucional, apagaron las hogueras del tribunal de la fé, proclamaron la tolerancia política, desencadenaron, en fin, todos los elementos de la libertad y de la democracia.

Nuestros dominadores, sin apercibirse del cambio desfavorable de su situacion, y acostumbrados á oprimir sin resistencia á un pueblo ignorante, inesperto y sin concier-



to, no comprendieron que ese pueblo que una vez habia oido el dulce acento de la libertad, que lo llamaba á su blando regazo; ese pueblo ejerciendo las funciones electorales, organizado en ejércitos, y sometido, en fin, al impulso de una constitucion no hecha para esclavos, que tan peligroso habia sido plantear como lo era contraresistar; ese pueblo, digo, era un gigante atlético, y no habia en el mundo brazos poderosos á ahogarlo.

Iturbide, por el contrario; el sagaz y penetrante Iturbide, comprendió claramente la verdadera situacion del momento, y de un solo acento de su voz despertó á ese pueblo gigante, que al erguirse en Iguala, hizo temblar al mundo con un grito de vida y de victoria. En manos de aquel hombre afortunado se trocó el cetro férreo de la tiranía en floreciente vara de la libertad. Los que imaginaron poder jugar impunemente con los nobles sentimientos de un pueblo poderoso, vieron á su pesar que habia sido funesto el pérvido arbitrio de ofrecerle la independencia como un medio de privarle despues de los beneficios de la libertad; y en vez del para ellos encantador espectáculo de un trono donde el rey absoluto partiese su imperio con el fanatismo y la aristocracia, vieron salir de las ruinas del carcomido vireinato, á un pueblo libre y victorioso, que con voluntad unánime é incontrastable, proclamaba su soberanía omnipotente.

Verdad es que la sociedad mexicana de 821 no cedia ya pasivamente á las bayonetas expedicionarias ni á los anatemas inquisitoriales; verdad es que conocia y amaba los dogmas fundamentales de la libertad política, y que bajo todos estos aspectos la obra de la emancipacion habia adelantado hasta un punto incalculable; mas en compensacion habíanse creado todos los elementos contrarios que engendran las pasiones políticas, y los opuestos intereses de las clases, partidos y razas. No era despertar

—❖ S ❖—

del letargo á un pueblo narcotizado con el fatal veneno de la esclavitud; no era mover una masa, aunque inerte, dócil, la empresa árdua de 821: tratábase de conciliar todas aquellas pasiones, de combinar todos aquellos intereses, de gobernar á un pueblo, si bien nuevo en los goces de la libertad con todo el movimiento que ella imprime, de resolver, en fin, el mas árduo problema que es dado á los hombres decidir; el de una organización social. De este caos de dificultades la creadora mano de Iturbide supo sacar el orden, la armonía, la luz y la vida, y este es, señores, el timbre ilustre del inmortal hombre de Iguala. Su gloria militar, por brillante que sea, se ofusca junto á esa otra de haber acertado á sacar provecho para la patria, de elementos donde nadie veia mas que disolución y ruina.

El astro que habitamos está sujeto á grandes revoluciones, que todo lo cambian, todo lo perturban, y que alteran tan profundamente la armonía que constituye el estado normal del universo, que parece que va á resultar el caos, y no son sin embargo sino movimientos de la naturaleza para revestir á la tierra de nuevas y mas perfectas formas. A las naciones acontece en el orden moral del mismo modo: sufren de siglos en siglos grandes y espantosas conmociones que amenazan aniquilarlas, y que no son tampoco mas que un efecto de la admirable ley de la perfección progresiva con que plugo á la Providencia distinguir y privilegiar á la raza humana. México acaba de pasar por una de esas grandes revoluciones, cuyos sacudimientos aun estamos sintiendo, por manera que la actual sociedad dista tanto de la sociedad colonial, como el mundo de nuestros días dista del mundo antídiluviano. Mas el resultado definitivo de nuestra revolución política, ha sido el mismo que el de la revolución geológica; el perfeccionamiento y la mejora.

Este libro forma parte del acervo de la Biblioteca Jurídica Virtual del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM
www.juridicas.unam.mx
http://biblio.juridicas.unam.mx/

En efecto, comparando la antigua y la nueva sociedad, se encuentran entre una y otra tales diferencias, tamaña
descalzada, que parece increíble que este pueblo todavía
inculto y preocupado, pero impulsado ya del espíritu de
progreso, é inflamado por el deseo de la libertad, sea aque-
lla misma caterva de esclavos, que inmóvil y casi impasible
se mostraba sobrecogida de terror al chasquido del láti-
go de sus dominadores, medrosa hasta de escalar un
quejido, y casi olvidada de que hay libertad para los pue-
blos. Por mucho que se quiera demeritar la mejora so-
cial que ha logrado México en mas de treinta años, y por
mas que se quieran exagerar los beneficios de la depen-
dencia, la alteración radical de las instituciones políticas
y la variación y mejora lenta pero efectiva de nuestras
leyes, hábitos y costumbres, es un hecho inconcusso é im-
portante, que estudiado prolijamente, daria á conocer to-
da la magnitud de la empresa acometida por el ilustre
Iturbide.

El paso del antiguo al nuevo estado de cosas, no fué
ni pudo ser la obra de una generación ni de los esfuerzos
de un génio, porque nada de esto es bastante á alterar
profundamente todos los elementos sociales, á darles nue-
va combinación y á hacerles revestir un nuevo aspecto,
de suerte que seria falso y seria injusto considerar la
independencia como el resultado de una combinación re-
pentina de circunstancias propicias; por el contrario, ha-
bia sido preparada muy de antemano, en parte por sus
defensores, en parte por sus propios enemigos; pero el
año de 821 quedó de manifiesto el trastorno íntimo y ra-
dical que había tenido la sociedad mexicana, y comenzó
para ella una edad nueva.

Llegado era el tiempo de que nuestra gran revolución
hasta entonces oscura y latente, se volviese manifiesta y
ostensible; mas esa manifestación se habría retardado,



—❖ 10 ❖—

quién sabe por quanto tiempo, sin la sagacidad del hombre hábil que dirigia la nueva reaccion, y sin el noble desprendimiento del legítimo representante de la insurrección antigua. La célebre alianza de Iturbide y de Guerrero no es, como parece á primera vista, un acontecimiento fortuito y sin trascendencia ulterior, sino que por el contrario es un hecho de alta significacion y de importancia decisiva; y nosotros, y mas que nosotros nuestros hijos, no se cansarán de admirar el tacto delicado y la profunda penetracion del jefe realista, y la noble abnegacion personal del antiguo guerrillero del Sur. Cuando bajo el influjo de la libertad y de la civilizaciou lleguen las bellas artes entre nosotros al esplendor que tuvieron en la clásica Aténas, encontrarán digno asunto para sus mas brillantes composiciones en la representacion de aquella escena tierna y sublime, en que el amor de la patria acercaba á dos rivales, y les hacia prorumpir en un grito comun de paz y alianza. La reconciliacion de estos dos personajes célebres, simbolizaba perfectamente la fusion de los principios de la sociedad caduca y de la sociedad naciente, y el plan de Iguala, monumento perenne de gloria para el inmortal jefe de las tres garantías, expresa del modo mas perfecto, la maravillosa combinacion de los elementos heterogéneos que á aquella sazon fermentaban en nuestra sociedad.

Mientras la revolucion intelectual marchaba á paso firme y gigantesco en el sendero donde la impulsaban el espíritu del siglo y de la época, la revolucion material cundia con increible rapidez por toda la Nueva-España. La marcha triunfal del ejército trigarante ha quedado señalada por mil y mil gloriosos trofeos: dirigid vuestra vista desde Tepeaca, Córdova y Veracruz, hasta Querétaro y Durango, y luego á la Huerta, Azcapozalco y Juchi: en cada uno de estos sitios encontrareis un laurel que la ma-

—❖ 11 ❖—

no de la guerra civil no ha sido parte á arrancar ni á marchitar. La memoria de los que allí cayeron en defensa de la libertad y de la patria, debe sernos siempre cara, y bendecida en este dia eminentemente histórico. Mis labios se honrarian con pronunciar uno á uno los gratos nombres de cuantos figuraron en aquellas escenas; mas ya que esto no es posible, permitidme que no calle el de un modesto ciudadano é íntegro magistrado, cuyo recuerdo se asocia con ternura y con orgullo al de la dichosa época en que la naciente república, cubierta todavía con el escudo de su gloria, vírgen inmaculada y floreciente, vivia bajo la tutela de uno de sus padres predilectos, regida por un código nunca dignamente alabado, ni nunca dignamente sentido, y en que á la sombra de la paz y de la libertad, crecia robusta y lozana esta patria desventurada, hoy marchita y abatida. La historia, que refiere con aplauso la constancia y sufrimiento de aquellos reyes que por no doblegarse ante un usurpador han pasado largos años en un retiro selvático, no dejará morir en el olvido el nombre del indómito Victoria, que incapaz de resistir al poder de los tiranos de su patria, llevó por largos años la vida de las fieras, y apenas sonó la hora de la libertad, salió á recibir de nuevo la luz del sol y á reclamar para su frente una corona mas envidiable que la de los reyes; el lauro de los héroes.

Siete meses, el breve espacio de siete meses fué bastante para que la opinion y las armas trigarantes consumasen plenamente el cambio feliz que dió principio á nuestra existencia social. La fuerza de aquella reaccion era tan irresistible, que el nuevo virey enviado por España, que todavía se soñaba señora, al tocar en las playas de Veracruz, tuvo que pregonar al mundo que debia añadir á su catálogo otro nuevo pueblo. Despues de una ratificación tan importante, la revolucion se precipitó con la misma

rapidez que la habia caracterizado desde el principio, hacia México, donde ya en manos del último vástagos de la progenie vireinal se rompia, convertida en caña de burlas, la virga férrea que por trescientos años habia oprimido al Anáhuac; y la ciudad venerable, sepulcro glorioso de la libertad de los últimos aztecas, y despues mansión tranquila del despotismo, abrió sus doradas puertas para recibir á las huestes invictas que despues de una carrera triunfal por toda la Nueva-España, venian á plantar el pendon tricolor en la magestuosa capital del imperio mexicano.

No esforzaré inútilmente mi voz en pintaros el júbilo universal y puro que inundaba á la risueña ciudad de México en aquel dia de eterna y fausta memoria. La dulce certidumbre de que cesaban para siempre los odios y los desastres de once años; la esperanza de un porvenir sereno y brillante; el ardiente deseo de la paz; el noble amor á la libertad; las generosas emociones de la reconciliacion; he aquí lo que en ese dia llenaba de placer y de inefable entusiasmo á todos los afortunados moradores de México.

Entre las aclamaciones del pueblo se escuchaban los gratos nombres de sus redentores, y entre todos ellos resonaba magestoso el del feliz é inmortal Iturbide. ¡Iturbide! ¡Inclito Iturbide! Los honores que otros pueblos instituyeron para deificar á sus héroes, despues de descender á la tumba, tú mas afortunado que ellos, los has recibido en vida, pues el pueblo que libertaste de esclavitud tenebrosa y mortífera, ha celebrado tu apoteosis el 27 de Septiembre de 1821! Si no te erigió en las plazas públicas estatuas, que igualmente eternizan el nombre de tiranos y de héroes, te levantó en su pecho una ara, donde el fuego sagrado solo arde en honor de los que han dejado señalada su vida por algun hecho grande y benéfico

—❖ 13 ❖—

para sus compatriotas! Ese fuego sagrado jamas se estin-
gue; tu memoria es todavía grata y envanecedora, y tu
nombre reverenciado, como lo era el dia en que tu carro
triunfal recorria las calles de la engalanada México. Tu
patria desgraciada, tu patria, cuya cerviz aliviaste del yu-
go de la servidumbre, está reducida por la guerra civil á
ruinas y túmulos . . . uno de los cuales es el tuyo; mas so-
bre todas ellas se levanta sublime tu sombra, como la
sombra de Caton se levantaba sobre las ruinas de Roma
desquiciada!

No pertenece á este dia la narracion de los sucesos poste-
riores al famoso año de 1821; mas si se pasa la vista por to-
dos, desde la proclamacion tumultuaria del imperio, hasta
que por voluntad unánime del pueblo se estableció la carta
federal, se irá viendo en cada uno de ellos un nuevo paso, y
un paso progresivo de nuestra revolucion, hacia la demo-
cracia, que es el grande Océano donde van á perderse to-
das las revoluciones de este siglo. El estudio del itinerario,
por decirlo así, que ha seguido la nuestra, y de las des-
viaciones que ha tenido en Córdova, México, Casa-Mata
y Guadalajara, hará conocer toda su magnitud y toda su
importancia. Entónces, al contemplar lo vasto y hermo-
so del edificio levantado por los hombres de la indepen-
cia, se podria decir de ellos lo que se lee en el túmulo
del arquitecto de la Catedral magnífica de Lóndres: “¡Mi-
ra en torno tuyo!”

¡Ojalá que recorriendo los fastos de esta revolucion glo-
riosa, fuese posible cerrar los ojos al horrible espectácu-
lo de dos sombras sangrientas! ¡Ojalá que el recuerdo
de la muerte cruenta de los dos hombres de 821, no per-
teneciese á este dia, tan de derecho como le pertenecen
los de su carrera victoriosa y espléndida! Mas no es po-
sible dejar de lamentar y maldecir la ingratitud de las
facciones que, para mengua y oprobio de la patria, han

—❖ 14 ❖—

escogido para mancillar los títulos de su gloria la sangre ilustre de dos de sus primeros libertadores! ¡Mexicanos: mientras erijais en este dia una ara donde quemar incienso en honor de vuestros héroes; mientras el tierno amor y el respeto religioso á su memoria sea una virtud y un deber nacional; mientras la moral no sea para vosotros un objeto de irrisión y vilipendio, será ecsecrada la memoria de los que impíos y cobardes arrebataron á la patria sus dos hijos predilectos! El nombre de Guerrero, del incontrastable caudillo que á la afrentosa y blanda paz de los tiranos prefirió los azares y peligros de una lucha sin tregua ni esperanza; del hombre intrépido que podía contar los años de su vida por el de las heridas que le había abierto el hierro extranjero; del varon esclarecido que resistiendo á las tentaciones seductoras donde de ordinario escolla el heroísmo, se despojó generosamente de los laureles de cien batallas para engalanar con ellos al primer jefe del ejército trigarante; el nombre del antiguo insurgente mexicano, digno por sus virtudes marciales y republicanas, de haber defendido con Leonidas las libertades de Esparta; ese nombre caro y puro resonará con gloria y orgullo en este dia, mientras que el negro crimen que ha deshonrado á la república, se recordará con dolor y con vergüenza. ¡Fortuna es que sea coetáneo ese crimen, que ántes de Picaluga no tenia nombre en nuestra lengua, porque esto os ahorra la indignacion de escuchar los detestables nombres de sus autores!

Harto largo ha sido el tiempo de la expiacion; harto temprano ha llegado el instante del arrepentimiento. Los irritados manes de esas dos víctimas de la ingratitud y la perfidia quedarán aplacados, si les ofrecemos en oblacion espiatoria la imitacion de las altas virtudes de que nos dejaron digno modelo. Un pueblo aleve y rapaz ha olvidado que somos los descendientes de aquellos hombres animosos

—❖ 15 ❖—

y heróicos; ha creido que el brazo que no se cansó de derramar sangre española, desfallecería derramando sangre anglo-sajona: se ha imaginado que nuestro brio y ardimento se detendrá despavorido y amedrentado en la encantada márgen del Sabina: se ha engreido con la esperanza de que desunidos y desconcertados, responderíamos con una sonrisa vil y cobarde á sus insultos y amenazas. No, compatriotas, se engaña torpemente: los mexicanos no se resignarán impasibles á la muerte y á la ignominia. El instinto de la propia conservación y el noble sentimiento del honor, nos dará unión y fuerza: precedidos y alentados por la sombra augusta de nuestros héroes, nos lanzaremos á la venganza y á la gloria, y dejaremos á nuestros hijos para que la graben en nuestro sepulcro la misma inscripción gloriosa que nos dejaron nuestros padres, para que la grabásemos en el suyo: ¡VIVIERON PARA SU PATRIA; MURIERON POR ELLA!—HE DICHO.



